



NAC-USA  
DEVELOPMENT  
INSTITUTE

¡Cristo nos  
hace libres!

La verdadera  
comunión

# GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

Comunión  
con Cristo  
y unos con  
otros

**2020**

Enero

## Sesión 1 – ¡Cristo nos hace libres!

¡Hola y bienvenidos a nuestra primera sesión de grupo pequeño del año nuevo! Espero que todos hayan tenido una celebración de Navidad llena de gozo y una entrada pacífica al 2020.

En el primer Servicio Divino de este año, el Apóstol Mayor Schneider nos dio el tema: «¡Cristo nos hace libres!». Este será el enfoque en todas las congregaciones nuevoapostólicas a nivel mundial en el 2020. Para ayudar a resaltar este tema y para realmente marcar el ritmo para el año que viene, «Cristo nos hace libres» también es el tema de nuestra primera conversación de grupo pequeño del año.

La libertad es a menudo el resultado de una victoria. Simplemente necesitamos mirar a través de la historia y ver muchos ejemplos de países que buscan su libertad y luchan por su liberación. Si bien, la libertad de la que escuchamos en nuestra iglesia no es política ni geográfica, es el resultado de una victoria. ¡Cristo es el vencedor supremo! Con la muerte en la cruz, Cristo conquistó al pecado, después de haber vivido una vida perfecta y sin pecado, y, sin embargo, recibió el castigo del pecado... nuestro pecado. El sacrificio eternamente valedero de Cristo es el evento y el acto que hace posible la salvación porque Él establece un vínculo a la separación entre el hombre y Dios como resultado del pecado original de Adán y Eva. Y a través de Su resurrección, Cristo conquistó a la muerte y al sepulcro. El Apóstol Pablo, al escribir a los corintios, nos recuerda este fundamento esencial del Evangelio: «Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un Hombre la resurrección de los muertos. Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados» (1 Corintios 15:21-22).

Una vez más, Cristo nos hace libres. Él nos invita a esta libertad como una dádiva gratuita de Dios. Nadie puede merecerla. No hay cantidad de Servicios Divinos a los que podamos asistir, oraciones que podamos orar, o himnos que podamos cantar para ganarnos la libertad y la salvación traídas por medio de Cristo. Por favor, no me malentiendan: todas son expresiones maravillosas de adoración y maneras esenciales de aprender cada vez más sobre Dios en nuestro esfuerzo y preparación para el retorno de Cristo. Pero, la libertad máxima, la libertad de las consecuencias del pecado, la única libertad que realmente importa en la imagen eterna, proviene de Jesucristo.

Sí, nos esforzamos por la comunión máxima y eterna con Dios, cuando seamos perfecta y eternamente libres. Sin embargo, esta libertad de Cristo no solo es algo para el futuro. Este no es un «tiempo de espera» hasta que el Señor regrese. Durante este tiempo de gracia, Cristo obra en nuestra libertad a través del Espíritu Santo. Podemos leer sobre esto en la segunda carta del Apóstol Pablo a los corintios. «Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3:17-18).

Tal vez, una frase que escuchaste en el Servicio de inicio de año fue que el Señor «nos hace libres al permitirnos ser dueños de nuestro propio destino». Esta frase no es algo que escuchamos normalmente en los Servicios Divinos, ¡pero es cierto! No puedo culpar al siervo si no estoy feliz con la condición de mi alma, ni puedo echarle la culpa a Satanás, porque él no puede hacernos pecar. Somos responsables y controlamos nuestro destino. **Dios nos ha dado la libertad de elegir estar con Él o contra Él.** Solo nosotros nos controlamos a nosotros mismos. Depende de nosotros luchar contra la tentación y otras influencias, ya sean internas o externas. No queremos dejarnos llevar por la ira, la envidia o nuestros deseos terrenales.

Luchar por mantener en mente una perspectiva eterna nos ayuda a percatarnos de que Cristo nos hace libres y que el Espíritu Santo nos está ayudando en esta lucha. El Espíritu Santo puede tener cada vez más influencia en nuestras decisiones de cada día, si decidimos permitirselo. Las decisiones que tomamos, y nuestra reacción a ellas, nos pueden ayudar a transformar nuestra naturaleza cuando confiamos en Jesús como nuestro ejemplo. Por esta razón, Dios, el Padre, nos dio los mandamientos originales, y Dios, el Hijo, no los abolió ni los reemplazó, sino que los resumió en Mateo 22:37-40: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente». Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas».

Además, siempre debemos recordar lo que Jesús dijo en Juan 13:34-35: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como Yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros».

En la perspectiva adecuada, la voluntad y los mandamientos de Dios no son avasallantes. Más bien, quienes viven en la voluntad de Dios viven una vida de libertad ya aquí en la Tierra porque están siguiendo el ejemplo de Jesús. Queremos esforzarnos por ser cada vez más como Jesús, porque, recordemos, solo a través de Él es posible la libertad.

El Señor no nos impone esta libertad. Solo libera a quienes quieren ser libres. Permitamos que el Señor nos haga libres al someternos completamente a la actividad del Espíritu Santo, para que en el 2020 podamos, como lo exhortó el versículo bíblico de inicio de año: «[Estar], pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres [...]» (Gálatas 5:1).

## **Sesión 2 – La verdadera comunión**

¡Bienvenidos! La semana pasada conversamos sobre nuestro lema para 2020: «Cristo nos hace libres». En nuestras próximas dos sesiones, examinaremos más a fondo el tema de prédica de enero, que es «Comunión con Jesucristo».

¿Qué es la confraternidad? Utilizamos el término para muchas cosas, con mayor frecuencia cuando hablamos sobre comer juntos. Incluso el salón en la iglesia donde comemos juntos suele llamarse: «salón de confraternidad». Comer juntos no es algo malo, construye relaciones y nos da oportunidades para compartir y pasar tiempo juntos.

Sin embargo, la verdadera confraternidad cristiana se encuentra con Jesucristo, particularmente en la comunión con Él.

En el libro de 1 Corintios, Pablo aborda este mismo problema: la confraternidad con respecto a comer y la confraternidad con Cristo en la comunión. Parece que, con el tiempo, las líneas comenzaron a desdibujarse entre estos dos conceptos. Echemos un vistazo.

Podemos leer esta reprimenda bastante fuerte en el capítulo 11 de 1 Corintios:

*Pero al darles estas instrucciones, no los alabo, porque no se congregan para lo bueno, sino para lo malo. Pues, en primer lugar, oigo que cuando se reúnen como iglesia hay divisiones entre ustedes, y en parte lo creo. Porque es necesario que entre ustedes haya bandos, a fin de que se manifiesten entre ustedes los que son aprobados. Por tanto, cuando se reúnen, esto ya no es comer la Cena del Señor. Porque al comer, cada uno toma primero su propia cena, y uno pasa hambre y otro se embriaga. ¿Qué? ¿No tienen casas para comer y beber? ¿O desprecian la iglesia de Dios y avergüenzan a los que nada tienen? ¿Qué les diré? ¿Los alabaré? En esto no los alabaré. (1 Corintios 11:17-22 NBLA)*

¡Wow! ¡Parece que Pablo estaba bastante disgustado con ellos! exploremos el contexto histórico para ver qué está sucediendo aquí.

En la iglesia primitiva, los cristianos a menudo celebraban la comunión en el contexto de una comida. Las comidas abundantes también eran un lugar donde el estatus social y las divisiones se hacían muy evidentes. Aquellos de una clase superior llegaban temprano a la comida y se les servía abundantemente en el comedor, mientras que quienes poseían menos llegaban más tarde y se les daban las sobras en el atrio o en el salón anexo. Como los pobres sólo recibían lo que sobraba, aún tenían hambre, y es posible que hayan comenzado a comer el pan destinado a la comunión para satisfacer su hambre. Parecía que la congregación no era consciente del valor de la Cena del Señor ni se preocupaba por la discordia y las divisiones entre ellos. Con estas acciones, la unidad de la congregación se rompió, y el propósito y el significado de la Cena del Señor se olvidó.

Continuemos leyendo la explicación de la Cena del Señor como Pablo la presenta a los corintios:

*...que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí». Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí». Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga. (1 Corintios 11:23-26)*

Jesús estableció la Santa Cena en medio de la cena de Pascua, de la cual obtiene algunas similitudes de las que podemos aprender.

La cena de Pascua fue una celebración donde *se recibían unos a otros* y compartían comida y bebían de manera *igual y libre*. Esta división de *tener y no tener* iba contra la naturaleza misma de la comida donde todos comían las mismas cosas al mismo tiempo. Las divisiones en la congregación también violan el significado fundamental de celebrar la Santa Cena, ya que la muerte sacrificial de Cristo fue y es para todos.

Otro propósito de la Pascua era llevar a los participantes a una experiencia personal de la primera Pascua, como si ellos mismos estuvieran saliendo de Egipto. Con las palabras: «Haced esto en memoria de mí», Jesús nos llama a regresar a la noche de la Última Cena personalmente. El sacramento se convierte en una actualización viva del pasado, a la luz del futuro retorno de Cristo.

Una de las bendiciones dichas durante la celebración de la Pascua es: «Que todos los que tienen hambre entren y coman; que todos los que estén en necesidad vengan a nuestra fiesta de Pascua».

En la Santa Cena, Jesús nos invita a Su fiesta; Su cuerpo y sangre dados para nosotros. Esto va más allá de solo pensar en un acontecimiento pasado. Más bien, es una invitación a participar en el evento recordado.

Esta percepción se captura bellamente en el antiguo espiritual que pregunta: «¿Estuviste allí cuando crucificaron a mi Señor?». Estas palabras nos imploran a revivir los acontecimientos al final de la vida de Jesús. En la celebración de la Santa Cena, la Última Cena y la traición a Jesús, así como Su tortura y muerte en la cruz se convierten en algo real para nosotros.

Otra yuxtaposición se realiza con las palabras: «Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga». Mientras estamos presentes en el evento del pasado, anunciando la muerte del Señor, también, al mismo tiempo, vemos al futuro: «hasta que Él venga». En este enunciado, el recuerdo y la esperanza se unen, no en un sentido ilusorio, sino más bien, siendo la esperanza la expectativa fidedigna del cumplimiento de las promesas de Dios.

La próxima semana, terminaremos de examinar la respuesta de Pablo a los corintios, y conversaremos sobre algunas aclaraciones para entender la comunión.

### **Sesión 3 – Comunión con Cristo y unos con otros**

¡Bienvenidos de nuevo! La semana pasada comenzamos una conversación sobre lo que es la comunión verdadera y exploramos las comunicaciones de Pablo a los corintios sobre este tema. ¡Recapitemos!

Los corintios habían igualado la Cena del Señor a una comida regular, y trajeron sus divisiones sociales a la celebración de esta remembranza especial. Pablo, primero los regañó por sus prácticas, y luego presentó la Santa Cena de la manera en que fue instituida por el Señor Jesús.

Hoy, examinaremos el final de la respuesta de Pablo en el capítulo 11, y veremos qué puntos son relevantes para nosotros hoy.

*De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.*

*Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros. Si alguno tuviere hambre, coma en su casa, para que no os reunáis para juicio (1 Corintios 11:27-34).*

En estos versículos, podemos ver las soluciones que desorientaron a los corintios. Enfoquémonos en unos cuantos puntos:

*...discernir el cuerpo del Señor.* En otras traducciones de la Biblia, dice: *reconocer el cuerpo*. Hay algunas maneras de interpretar esto, de las que cada una es de beneficio. Una manera es que podemos reconocer a nuestros hermanos cristianos como el cuerpo de Cristo. A través de Su gracia, las viejas divisiones se rompen, ¡porque todos somos uno en Él! Una manera más importante es reconocer la comunión como el cuerpo y la sangre de Cristo. Recibir esta dádiva debería hacernos humildes: que el cuerpo de Cristo fue partido por nosotros. Nosotros estamos quebrantados por el pecado, pero Él se dejó quebrantar por nosotros, en Su amor. Cuando nos veamos participando en los acontecimientos pasados de la traición, condena y sacrificio de Jesús en la cruz, abordaremos este sacramento con la debida solemnidad y agradecimiento. Otro punto es reconocer que la Cena del Señor es común a todos, ¡porque es Suya! No nos pertenece, sino que es compartida por todos los que creen en Él.

Comer y beber *indignamente... pruébese cada uno a sí mismo...* Debemos darnos cuenta de que nunca seremos dignos para aceptar la dádiva que el Señor nos ha dado. Debido a esto, tenemos una responsabilidad en la manera en que abordamos la comunión con Jesucristo. Como lo hemos visto, los corintios no estaban tomando seriamente el sacramento. ¿Cómo podemos hacer las cosas de manera diferente? A través de la preparación y la intencionalidad. Aún antes de venir a la iglesia, podemos preparar nuestros corazones y acciones a través de la reflexión y oraciones de arrepentimiento. ¿Cómo y dónde he pecado hoy? ¿Dónde están mis pensamientos y acciones en contraste con las Suyas? ¿Le he pedido perdón a Dios y le he expresado mi remordimiento? En el Servicio Divino, Dios no solo quiere hablarnos, sino, más importantemente, quiere tener comunión con nosotros. Él ha hecho esto disponible a través de los sacramentos. La Santa Cena es el punto culminante en el Servicio Divino, y todo el Servicio indica y nos prepara para ese momento. Cuando intencionalmente enfocamos nuestras mentes en esta comida y hacia Aquel que la ha proporcionado, el sacramento no solo tendrá un mayor significado, sino que toda nuestra experiencia en el Servicio Divino es realzada, y nos haremos conscientes de Cristo en el transcurso de la semana. Dios se ha revelado a nosotros y, ¡se ha hecho disponible para nosotros! El reino está entre nosotros, ¡y estamos invitados a la fiesta!

La comunión con Cristo conduce a la transformación. Deberíamos ser diferentes después de la comunión, ¡debe haber efectos! Tenemos que *examinarnos*: ¿he cambiado? ¿Es evidente? La comunión con Cristo también transforma nuestras actitudes y comportamientos hacia los demás.

Pablo dice: *«esperaos unos a otros»*. Podemos entender que esto significa que hay valor en reunirse y compartir nuestras experiencias con Cristo. En tales reuniones, uno puede percibir una medida de Su amor y presencia, como en nuestras conversaciones de grupo pequeño donde tenemos la oportunidad de aprender y crecer juntos hacia la unidad en Él. Como discípulos de Cristo, compartimos nuestras vidas y formamos fuertes lazos de comunidad. Así, nuestra verdadera comunión con Cristo en la Santa Cena es una influencia para unificar a nuestras congregaciones y cómo vivimos nuestras vidas.

Gracias por su atención a este tema de la comunión. Durante los próximos meses, examinaremos profundamente nuestra confesión de fe; los artículos de nuestra fe. Realmente creo que esto es importante para nosotros, y los animo a acercarse a estas sesiones con interés, tal vez incluso invitando a alguien. Estoy seguro de que ayudará a fortalecer nuestro conocimiento de lo que creemos en nuestra iglesia, y nos ayudará a compartirlo más fácilmente con quienes nos rodean.